

Reseñas, críticas y fuentes

Educación Física, intervención y socialización

María Agustina López Echenique

Licenciatura y Profesorado en Educación Física. Departamento de Educación Física. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata, Argentina

aguslopezechenique@hotmail.com

Cita sugerida: López Echenique, M.A. (2016). Educación Física, intervención y socialización. *Perspectivas en Educación Física: Documentos y notas de investigación*, RCyF01. Recuperado de: <http://efendocumentos.fahce.unlp.edu.ar/dynt/PEFrcyf201601.pdf>

Presentación¹

El trabajo de Agustina es un producto presentado para la evaluación final de la asignatura Educación Física 2, en el marco del sistema de promoción sin examen final. Las tareas desarrolladas y las tensiones vividas fueron compartidas en el marco de la cursada regular de clases teóricas y discutidas en parte de ese espacio como instancias de problematización y conceptualización de la asignatura y de los posibles desenvolvimientos y trayectos profesionales. El abordaje muestra, en parte, el proceso vivido y la intención de re-significar el saber y las prácticas a la luz de modos de intervención que se han instalado en campo de la educación física como parte de él. Allí

¹ Realizada por el Profesor Osvaldo Ron, Titular de la asignatura Educación Física 2 en las carreras Profesorado y Licenciatura en Educación Física. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata.



Agustina confronta, “desanda”, recurre y establece modos particulares y propios de intervención y experimentación basándose centralmente en dos principios: uno que implica asumir el análisis y la reflexión como inherentes a las prácticas y otro que conjuga la perspectiva o mirada crítica con la identidad propositiva del campo. En ambos casos, buscando mejores explicaciones y prácticas educativas.

Muestra aquí que las herramientas -indagación, problematización, clase- son eso, simplemente herramientas, que requieren que el saber permita una composición que necesariamente completa el profesional que propone.

Palabras clave: Escuela de barrio, Voluntariado, Intervención, Juegos.

Presentation

Agustina work is a product presented for final evaluation of the subject Physical Education 2, under the promotion system without final exam. Developed tasks and tensions experienced were shared as part of the regular cursada and discussed in theoretical part of that space as instances of problematization and conceptualization of the subject and possible paths unfoldments and professional classes. The approach shows, in part, the lived process and intend to re-signify knowledge and practices in light of modes of intervention that have been installed in the field of physical education as part of it. There Agustina confronts, "retraces" uses and establishes individual and own intervention modes and experimentation centrally based on two principles: one that involves taking the analysis and reflection as inherent in the practices and another that combines the perspective or critical gaze with propositional identity of the field. In both cases, looking for better explanations and practices.

It shows here that -indagación tools, problem, that class- are simply tools that require knowledge allows a composition necessarily complete professional proposed.

Keywords: School district, Volunteering, Intervention, Games.

Introducción

En el siguiente trabajo redactaré experiencias propias vividas en una escuela y expresaré las problemáticas que se presentaron en el lugar a través de la intervención en un proyecto de voluntariado, teniendo en cuenta que si bien la estructura es la de una

escuela, el espacio no tiene nada parecido a un ambiente escolar; y que la búsqueda de soluciones o respuestas fueron apareciendo a lo largo de un año.

Como alumna del Profesorado en Educación Física en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, llevé a la práctica herramientas que nos brinda nuestra profesión. Por momentos, la teoría se me escurría de las manos porque realmente no se trataba de analizar pasos a seguir o encontrar las características para explicar y/o diferenciar si se encontraban dentro de determinado juego, sino que era un proceso mucho más hondo, que incluía tanto generar nuevos vínculos entre todos los que participábamos y además poder generar un espacio apropiado para poder brindar un contenido educativo de nuestra parte. Se trata de buscar diferentes puntos de vista para ayudar en situaciones donde faltan valores y más que nada recursos a los que las personas no tienen la posibilidad de acceder.

Mi lugar de intervención se encuentra en el barrio San Carlos de La Plata, en una Escuela Secundaria Básica perteneciente a la gestión de la Provincia de Buenos Aires. En otro orden, formo parte de una ONG llamada Patria Nueva, organización formada por un grupo de jóvenes que tenemos como objetivo promover una cultura de compromiso que despierte conciencia de la realidad que nos rodea y nos impulse a desarrollar acciones que tiendan a construir una sociedad orientada al bien común. Para concretar ello, llevamos a cabo proyectos educativos y de voluntariado social.

Dentro de la ONG y las diferentes áreas que posee, mi mayor interés rápidamente se centró en el área de voluntariado social. El trabajo del voluntario, a diferencia de otros, es sin duda una construcción con el otro en el día a día, que refleja posibles cambios solo a través del tiempo.

Los proyectos de voluntariado se encargan de desarrollar talleres para jóvenes en los barrios de los alrededores de la ciudad. En este caso, el proyecto apunta a la tarea que realizamos todos los sábados: asistir y colaborar voluntariamente con el Programa Patios Abiertos. Intentamos mantenernos siempre en contacto con el director de Patios Abiertos en la Escuela Secundaria Básica, aportando desde nuestro lugar.

Cada sábado por la tarde, nuestro objetivo es brindar espacios para la inclusión educativa a través de diferentes propuestas. Ninguno de los que asistimos somos profesionales, pero buscamos dar talleres con las herramientas que cada uno trae consigo y con las diferentes enseñanzas que vamos adquiriendo como estudiantes de diferentes carreras universitarias. Algunas de nuestras propuestas son: taller de tela, lectura-escritura, dibujo, juegos-dinámicas, apoyo escolar, orientación vocacional.

En cuanto al grupo con que nos encontramos en la escuela, puedo decir que es muy heterogéneo. En el patio me encontré con nenes de cuatro años y otros no tan nenes: de dieciocho. En este punto encuentro la primer problemática: ¿cómo enseñarle algo a alguien que no es mucho más chico que yo?

Los primeros sábados me di cuenta que no quería estar sentada explicando matemática, que dibujando no era muy buena. Si me necesitaban intentaba hacerlo de la mejor forma posible pero, si me daban a elegir, el lugar donde me sentía más cómoda era literalmente en el patio.

Así me gustaba pasar la primera media hora de la tarde sentada al lado de la puerta, por donde se entra al patio, mirando a todos los chicos jugar al fútbol. Ellos jugaban, pateaban fuerte, no dejaban de correr, no había consideración para nadie siendo la regla para todos por igual: si el de cuatro años no llegaba no importaba, si lo pasaban por arriba tampoco, y la cancha no tenía límites.

Si imaginamos al patio como un rectángulo, en uno de sus lados hay un árbol, en ese árbol colgamos la tela de una de las voluntarias para dar el taller de tela. El árbol está adentro del rectángulo, el rectángulo era la cancha, podemos llegar a la conclusión de que si bien el árbol no era el arco, no estaba muy lejos de este. Cada diez pelotazos, cinco caían al árbol.

De eso se trataba su juego, contaban los goles pero cuando terminaba el partido no se acordaban por cuanto había ganado el equipo ganador. El juego terminaba cuando a las cinco de la tarde los llamábamos para merendar.

Además de los chicos estaban las chicas. Las más chiquitas estaban encantadas con la tela, a otras les gustaba dibujar y a otras bailar. Olvidé mencionar a Jessica, una profesora de danzas del barrio que lleva sus parlantes y coreografías armadas para las chicas del lugar.

Los primeros sábados solo miraba, los chicos me saludaban, yo iba de taller en taller y ayudaba cuando me pedían. Pasando los sábados quise buscar algo que pudiera aportar en el patio, pero ¿cómo hacia? El lugar era una escuela, pero no se parecía en nada a un ambiente escolar: yo no era la maestra, ellos no eran mis alumnos; no había clases, solo eran ellos que veían que no éramos de ahí, pero no tenían muy en claro quiénes éramos tampoco, en algún momento llegaron a creer que íbamos por parte del Gobierno.

Ahí entendimos, teníamos que conocernos antes de querer hacer cualquier tipo de intervención. Nos presentamos más de una vez, pero solo entendieron que íbamos a ayudarlos con las tareas y a jugar con ellos.

Los voluntarios varones solían jugar al fútbol con los chicos. Un día quisimos entrar las chicas, pero era su cancha... para nuestra sorpresa nos dejaron, se jugaba fuerte e igual jugamos. Con nosotras no había problema, el problema se presentaba con las chicas del barrio a quienes no dejaban jugar, aunque ellas quisieran.

Poco a poco nos fuimos conociendo, recordando nombres y juegos compartidos. De eso se trataba, de escucharlos, de familiarizarse tanto con el lugar como con ellos. Era como un cierto permiso que nos daban, algunos lo llaman *confianza*.

En los talleres de lectura y escritura costaba mucho más, ¿cómo enseñar algo sin ser docentes? ¿Cómo practicar algo que en realidad no habían visto en la escuela? ¿Cómo hacer que se sienten y traten de concentrarse estando el patio a unos metros? Ellos corrían. La secuencia por lo general era la siguiente: sentarse un rato, no entender, volver al patio. Muchas veces nos decían que leían o que escribían pero solo lo hacían de memoria y siempre con su nombre.

Muchas veces no se querían sentar, muchas otras se iban sin entender y nosotros sin cansarnos de hacernos la misma pregunta, ¿cómo hacerlo?

Imaginar es una cosa, pero no vivíamos las realidades que ellos pasaban. A medida que pasaba el tiempo nos contaban cosas que para ellos no eran tan significativas, y en lo personal, tenía que contenerme para no hacer expresiones con la cara. Todo servía, para conocernos no solo había que jugar, sino escuchar.

Pero el juego era fundamental, el juego-deporte, el contacto, era una de nuestras mejores herramientas. Al principio quería llevar la teoría que veía en la Facultad, los pasos que había que seguir para entrar en un buen clima de juego, las características que tenía que observar para saber decir y diferenciar si era juego o deporte, los contenidos fundamentales para las partes de una clase. Pero cada vez que planificaba nada salía como había pensado, nunca había un número exacto de chicos, y si podíamos estimar un promedio nunca sabía cuántas chicas iban a querer bailar, cuántos jugar al fútbol, cuántos hacer sus deberes y cuántos en fin, iban a jugar conmigo. Entonces, ¿cómo hacer? ¿Tenía que hacerlo? Ni siquiera sabía que quería enseñar, pero sabía que quería dejarles algo.

Cuando iba al campo de deportes, en las clases de Juego y Recreación y en las de los diferentes deportes, prestaba especial atención a la forma en que nos explicaban los profesores tratando de imaginar la misma situación pero en el patio de la Escuela Secundaria Básica. Llevaba algunas ideas vistas. Un día por ejemplo lleve para hacer malabares. Les encantó, en realidad, todo lo nuevo o todo lo que les lleváramos les

gustaba, y les gustaba tanto que se esforzaban por poner su mejor cara para pedirnos que se lo regaláramos, nos prometían que lo iban a cuidar.

Con tantas declaraciones intenté proyectar, siguiendo con el ejemplo, con las pelotitas de malabares, pidiéndoles que la llevaran el próximo sábado para seguir practicado. El error era que lo que para mí tenía significado, o un valor dado, no era el mismo para ellos. Perdían las pelotitas, se las olvidaban, teniendo que empezar de cero o cambiar de juego cuando volvíamos a encontrarnos. Con el paso del año vimos que si no dejábamos las cosas bajo llave en la escuela, los materiales no iban a volver para el próximo encuentro.

Intentaba preguntarles qué querían hacer, entendía que conciliar mis propuestas con sus intereses era un buen plan.

Las chicas más grandes siempre buscaban un ratito de la tarde para que nos sentáramos a charlar, me contaban de la escuela, de los novios, y más de una vez me decían que querían jugar con los chicos pero ellos no las dejaban.

Un día les propusimos llevar camisetas para hacer dos equipos y hacer partidos. Cuando dijimos camisetas se les iluminaron los ojos, el trato era que llevábamos las camisetas pero para todos, chicos y chicas, grandes y chiquitos, voluntarios y no voluntarios. Ni lo dudaron, se expresaron con bastante claridad que querían las camisetas.

Al otro día llevamos las camisetas y jugaron todos. Íbamos turnando los equipos y los réferis quetenían que ser un voluntario y uno de los chicos del barrio.

Cuando me tocaba arbitrar me enseñaban los mismos chicos, y si se me ocurría cobrar falta o dar un saque a uno de los más chicos por comerse un pelotazo o un empujón, no solo el que arbitraba conmigo, sino los más chicos me decían que no era así, que no les correspondía ese saque y que había que seguir jugando. De la misma manera cuando paraba el juego o pedía la pelota y no me escuchaban, o en realidad no me querían hacer caso, los más grandes se metían en la cancha y paraban el juego sin que yo se lo pidiera. Me iba contenta, no por si me hacían caso o no, sino por sentirme parte.

En otra oportunidad, nos pasó que terminando de explicar un juego, algunos nenes se me acercaron a decirme “tengo que ir a estudiar”. Para nosotros, ese “tengo” era uno de nuestros mejores logros, que fueran ellos solos a sentarse a pedir que los ayudemos.

Transcurría el tiempo y se sumaron más voluntarios. Siempre un voluntario nuevo es una ayuda, una opinión y un punto de vista más que nos ayuda a crecer. Tal fue así, que uno de ellos empezó a llevar una red chica, pelotas y paletas de tenis que tenía.

Fue la novedad para los chicos: de un sábado a otro eran todos “tenistas”. Y de repente, casi sin planearlo habíamos organizado el patio. En el árbol de siempre se colgaba la tela, y las chicas practicaban, al lado en la mitad próxima del patio, armábamos la cancha de tenis poniendo cuatro sillas y dos redes, y en la otra mitad, se jugaba al fútbol. De esta manera ya no había más pelotazos en el árbol, nadie molestaba a nadie porque todos estaban haciendo algo y además rotaban de actividades si querían hacerlo. Era increíble recordar aquel sábado donde sólo corrían de un lado al otro del patio con una pelota de fútbol. Ver el patio con esa nueva organización era un cambio notable.

No es que queríamos sacarle el fútbol, de hecho era la clave para acercarnos y para aprender unos de otros, solo intentábamos abrir panoramas, mostrar que había más cosas para hacer.

De la misma manera hay voluntarias que estudian psicología y armaron charlas vocacionales. Por lo general, cuando les preguntábamos que querían ser cuando fueran grandes, no nos daban muchas respuestas.

Aprender a quererlos, es también aprender a darles nuestro tiempo y aprender que existen diferentes puntos de vista, que lo mejor para nosotros, quizás, no es lo mejor para ellos. Y ese no es un motivo por el cual desesperarse. Muchas veces reuniéndonos con los colegas del voluntariado, nos planteábamos y replanteábamos si de verdad estábamos haciendo las cosas bien, si había que seguir con los talleres, si solo había que enfocarnos en uno. A veces con decepciones, a veces con alegrías.

Una vez leí una frase que decía: “procurando lo mejor, estropeamos lo que está bien”. Y creo que encaja con esta historia y con cada preocupación que se nos presentaba. Había logros, y más que aciertos, había actitudes que nos sorprendían, un cambio bidireccional que nos enseñaba todo el tiempo a poder llevar a cabo el proyecto, sábado a sábado.

Siempre hay algo para hacer, siempre hay historias que escuchamos y nos preocupan. En mi opinión, la clave está en ser conscientes de lo que vemos y saber que no hacer nada, también es una posición.

En ese patio aprendí a comprometerme con tareas concretas. Ser conscientes que con solo estar presentes en un lugar donde está a la vista que se necesita ayuda, no solo es una manera de ayudar, sino de formarse tanto como futuros profesionales, tanto como personas y como sociedad.

Para concluir considero que desde el patio como espacio de intervención, a través de juegos y del contacto físico, existe una manera de educar transmitiendo valores que solo

con la continuidad y las ganas se pueden ver cambios. Sólo basta con saber estar y dejarse formar por la experiencia.

Me gustaría encontrar más textos o historias no tan lejanas que plasmen experiencias y consejos, creo que se puede fomentar la intervención desde cualquier área, desde cualquier carrera y aún más desde la Educación Física, aprovechando lo que muchos ven como una problemática: no tener un aula propia. Creo que esa característica de espacio libre y contacto es la mejor forma de poder vincularse con otros.

Referencias bibliográficas

- Furlán, A., Giraldes, M. y Ravagni, E.(1997).Mesa redonda: El cuerpo y el movimiento en nuestra sociedad y cultura. En:*Actas 2º Congreso de Educación Física y Ciencias*. La Plata, FaHCE-UNLP.
- Parlebas. P., Sheines. G., Lapierre. A.(1995).Problemas del juego en la Educación Física. En: *Actas 1º Congreso de Educación Física y Ciencias*. La Plata, FaHCE-UNLP.
- Pavía, V.(1997).Sobre el juego y el jugar, elementos para la comprensión el contenido lúdico. En: *Actas 2º Congreso de Educación Física y Ciencias*. La Plata, FaHCE-UNLP.
- Rivero, I. (2011).Qué es el juego. Qué es el jugar. En: *El juego en las planificaciones de Educación Física. Intencionalidad educativa y prácticas docentes*. Buenos Aires: Noveduc.